

Bienvenido Fidel

Welcome Fidel

Alberto Barrera Tyszka

Escritor

Resumen

En 1989, en la toma de posesión de la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez en Venezuela, la asistencia de Fidel Castro detonó una controversia en el país. Un grupo de intelectuales y artistas publicó un remitido en la prensa, dando una bienvenida elogiosa y devocional al dictador cubano. El autor de este ensayo fue uno de esos firmantes y, dos décadas después, intenta encontrar razones para entender por qué lo hizo. En este trabajo libre, se retoma la polémica histórica del “caso Padilla”, evento crucial en el nexo de la Revolución cubana con los intelectuales del mundo, así como algunas de las reflexiones que –sobre el tema de la relación entre intelectualidad y totalitarismos– tuvieron algunos pensadores en el siglo XX: Arendt, Kolakowski y Steiner dejando abierta, al final, la interrogante sobre si es posible superar la polarización política en contextos urgentes como Latinoamérica, donde todavía reina la desigualdad, la pobreza y la impunidad.

Palabras clave: Intelectualidad, Revolución cubana, Venezuela, izquierda, totalitarismos.

Abstract

In 1989, at the inauguration of the second presidency of Carlos Andrés Pérez in Venezuela, the attendance of Fidel Castro triggered a controversy in the country. A group of intellectuals and artists published a release in the press, giving a laudatory and devotional welcome to the Cuban dictator. The author of this essay was one of those signatories and, two decades later, he tries to find reasons to understand why he did it. In this essay, the historical controversy of the “Padilla case” is taken up, a crucial event in the nexus of the Cuban Revolution with the intellectuals of the world, as well as some of the reflections that --on the subject of the relationship between intellectuality and totalitarianism-- some thinkers had in the 20th century: Arendt, Kolakowski and Steiner, leaving open, in the end, the question of whether it is possible to overcome political polarization in urgent contexts such as Latin America, where inequality, poverty and impunity still reign.

Keywords: Intellectuality, Cuban Revolution, Venezuela, left, totalitarianism.

El 1 de febrero de 1989, en un desplegado a página completa del periódico *El Nacional* de Venezuela, apareció un remitido que destacaba en gran tamaño dos palabras: “Bienvenido Fidel”. En tres días más, estaba por realizarse lo que después se llamó “La coronación”: un fastuoso y enorme evento que celebraba el comienzo de la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez. Se habían convocado a diversas personalidades internacionales, casi todos los mandatarios del continente habían confirmado su asistencia. La posibilidad de que también llegara Fidel Castro, sin embargo, había desatado una polémica. Existía cierta presión, en diferentes ámbitos, cuestionando su presencia en la cumbre. El remitido público fue una expresión de solidaridad con el dictador cubano.

Fue un texto breve pero desbordado:

Nosotros, intelectuales y artistas venezolanos al saludar su visita a nuestro país, queremos

expresarle públicamente nuestro respeto hacia lo que usted, como conductor fundamental de la Revolución cubana, ha logrado en favor de la dignidad de su pueblo y, en consecuencia, de toda América Latina. En esta hora dramática del continente, sólo la ceguera ideológica puede negar el lugar que ocupa el proceso que usted representa en la historia de la liberación de nuestros pueblos. Hace treinta años vino usted a Venezuela, inmediatamente después de una victoria ejemplar sobre la tiranía, la corrupción y el vasallaje. Entonces fue recibido por nuestro pueblo como solo se agasaja a un héroe que encarna y simboliza el ideal colectivo. Hoy, desde el seno de ese mismo pueblo, afirmamos que Fidel Castro, en medio de los terribles avatares que ha enfrentado la transformación social por él liderizada y de los nuevos desafíos que implica su propio avance colectivo, continúa siendo una entrañable referencia en lo hondo de

nuestra esperanza, la de construir una América Latina justa, independiente y solidaria

El manifiesto estaba firmado por 911 intelectuales y artistas. Yo fui uno de ellos.

Nadie me pagó por hacerlo. Nadie tampoco me obligó. Nadie puso mi nombre sin consultarme. No firmé bajo engaño. Yo tenía 28 años y había publicado un libro de poemas. Fidel llevaba tres décadas en el poder y ya había dado contundentes muestras de su condición de tirano. Había encarcelado, torturado y asesinado a adversarios y disidentes. Había suprimido cualquier tipo de diversidad, había incluso perseguido y encarcelado a los homosexuales. Había militarizado la sociedad y concentrado en su persona todo el poder. Había cancelado –hasta como hipótesis en el imaginario colectivo– cualquier posibilidad de alternancia gubernamental...Ya había ocurrido el famoso caso Padilla. Ya había sucedido el éxodo del Mariel, en el que por fin pudo escapar de Cuba Reinaldo Arenas. La perestroika había sacudido a la Unión Soviética el año anterior y en unos meses más, en ese mismo 1989, caería derribado el muro de Berlín... ¿Acaso todo esto ya no era suficiente? ¿Qué más se necesitaba saber para negarse a firmar ese remitido?

En aquel momento, sin embargo, nada de esto tenía el significado ni la dimensión que puede tener hoy día. Hay un análisis que sostiene que, en el fondo, la invitación de Carlos Andrés Pérez respondía a una estrategia geopolítica: lograr que Fidel regresara al circuito diplomático continental y, de esta manera, poder hacer una mejor presión internacional para comenzar a flexibilizar el régimen cubano. Por supuesto que nada de esto se vio en el evento. El espectáculo fue otro.

Un elegantísimo Fidel Castro, de impecable traje y corbata, fue la sensación de la cumbre. La crónica de la época destaca que “hasta las señoras del *country club* querían tomarse fotos con él”. Como si fuera una estrella de rock, los medios de comunicación lo seguían a todos lados, a veces con infantil fascinación. Castro declaró que tanto él como su equipo de seguridad habían tenido muchas dudas sobre su asistencia, dadas las continuas amenazas que recibía y la cantidad de planes que siempre estaban en marcha para asesinarlo, pero que la lectura del manifiesto de bienvenida firmado por tantos intelectuales lo llevó a tomar la decisión de viajar a Venezuela. Formar parte del remitido,

entonces, podía incluso, en ese momento, ofrecer cierto prestigio, una fugaz ilusión de celebridad.

El tema comenzó a ser percibido, a ser analizado y debatido, de otra manera una década después, a partir de 1999, cuando Hugo Chávez asumió la presidencia y comenzaron los cambios, entre ellos un tipo de relación oficial muy distinta entre Venezuela y Cuba. En esos primeros años, a medida que Chávez comenzaba a construir e imponer su proyecto autoritario y militarista, en el contexto de una polarización política cada vez más encendida, la sociedad también empezó a buscar explicaciones, a hacerse otras preguntas, a revisar de otra manera su propia historia. Dentro de esos análisis, el viejo remitido de 1989, y quienes lo firmamos, pasamos a ser de pronto casi cómplices y responsables directos de la llegada del “castrochavismo” al país. Se asoció de inmediato la visita de Fidel con el llamado “caracazo”, el sacudón que ocurrió casi un mes después de la cumbre. Hay quienes todavía sostienen, incluso, que el avión que trajo en aquel momento a Fidel venía lleno de armas que, de manera clandestina, fueron repartidas entre izquierdistas y pre chavistas organizados en los barrios populares de Caracas. El círculo para una teoría conspirativa se cierra perfectamente con las permanentes invocaciones de Chávez al caracazo como génesis histórica de su movimiento, como la revuelta que dio origen a su auto proclamada “Revolución bolivariana”.

La anécdota me sirve ahora para resaltar nítidamente las diferencias de recepción y vivencia de un mismo suceso, por una misma sociedad en dos circunstancias culturales y emocionales distintas. También es útil para despachar temprano una de las más socorridas fórmulas con las que se pretende resolver este dilema: asegurar que los intelectuales o artistas que apoyan –a veces de forma incomprensible– causas o movimientos claramente autoritarios lo hacen porque reciben un sueldo; como oportunistas tarifados, se han vendido sin pudor y sin gracia como unos farsantes mercenarios. Obviamente, hay casos así. Pero esta sentencia no sirve para contestar a la interrogante central: ¿por qué un grupo de intelectuales y artistas, sin que nadie nos pagara nada, firmamos un alborozado manifiesto de adhesión pública a un impresentable tirano caribeño? La realidad –por suerte para todos– suele ser más rara y más com-

pleja que una simple receta, que la ecuación que sostiene frecuentemente la polarización política.

Creo que, de entrada, lo primero es cambiar la noción que tenemos de los intelectuales. Hay que dejar de pensar en esa antigua figura del intelectual que –como decía Foucault– era la “conciencia y elocuencia” de la tribu. Los intelectuales solo pueden ser percibidos así en sociedades donde nadie lee y donde no existe el debate ciudadano. Es más saludable pensar que los intelectuales son tan irracionales como todos los demás, que no siempre saben leer y entender la realidad, que en política se equivocan con la misma frecuencia que cualquier otra persona.

El siglo XX –a partir del nazismo, del facismo y por supuesto de la experiencia soviética– produjo agudas y luminosas reflexiones sobre la relación entre los intelectuales y el totalitarismo. Obviamente, las experiencias son distintas cuando se piensa y se actúa desde adentro, bajo la amenaza, el control y la violencia institucional, que cuando se hace desde afuera. Si se está adentro, el tránsito entre la irremediable necesidad de sobrevivir y el disimulo oportunista que termina convertido en devoción puede ser sutil, ligero, muy eficaz. Sergie Dóvlatov, un extraordinario escritor que logró salir de la Unión Soviética gracias a Joseph Brodsky, resume este trayecto de la siguiente manera: “Había decidido vender mi alma a satanás y acabé regalándosela”.

El caso de los intelectuales que desde afuera genuinamente establecen una relación de fervor con este tipo de antiguas o modernas tiranías es más complejo. Este sometimiento voluntario suele justificarse por la existencia de una utopía o por el deslumbramiento ante el poder y el magnetismo de un líder. En una mesa redonda, a propósito del “destino de los intelectuales”, realizada en Nueva York en 1985, Leszek Kolakowski proponía también otra característica para analizar el problema: la dualidad del intelectual entre su sentido de superioridad e independencia de pensamiento y su aislamiento y su necesidad de ser parte de una colectividad. El intelectual requiere constantemente ser reconocido, necesita demostrar que es un intelectual, legitimarse con la validación pública. No hay nada mejor para superar esta contradicción –según sostiene el académico polaco– que apoyar “la causa de los desvalidos”.

Cuando en una pequeña isla del Caribe, los desvalidos se rebelaron en contra de un dictador, apoyado por el poderoso imperio norteamericano,

gran parte de la intelectualidad del planeta celebró y se congregó alrededor de esta ilusión revolucionaria. Y eso no estuvo mal. El problema reside en lo que tardaron, tardamos, y todavía algunos tardan, en liberarse y salir de ese espejismo. No deja de ser paradójico que sea en 1971 –ya con una década de consolidación violenta del modelo autoritario fidelista– cuando se da la primera crisis importante de buena parte de la intelectualidad del mundo con el régimen cubano. La detención del escritor Heberto Padilla y su posterior “autocrítica” –tras 38 días de prisión– marcó un referente insoslayable. Esa confesión pública muestra de manera nítida lo que debe ser un artista en una revolución: Padilla renuncia a sí mismo, se avergüenza y reconoce que bajo su disfraz de “escritor rebelde” solo había un traidor, “a mí –dice– me importaba mucho más mi importancia literaria que la importancia de la Revolución”; reniega de sus libros, los tacha de “derrotistas”, “amargados”, “resentidos”... acusa a algunos de sus examigos, denuncia a la prensa extranjera, ensalza a los soldados y a los gloriosos miembros de los cuerpos de seguridad del Estado; y –por supuesto, no faltaba más– habla del generoso líder, único y verdadero creador de la Revolución: “Y no digamos las veces que he sido injusto con Fidel, de lo cual nunca realmente me cansaré de arrepentirme”. Así es el intelectual que el autoritarismo desea y tolera.

Sorprende que aun después de este caso, que supuso la crítica y el alejamiento de grandes apoyos del proceso cubano (Sartre, Calvino, Alberto Moravia, Marguerite Duras, Susan Sontag, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Vargas Llosa...), Fidel lograra todavía mantener cierto prestigio. Escritores como Gabriel García Márquez, Julio Cortázar o Augusto Monterroso, manteniendo un leve espíritu crítico en algunos momentos, siguieron siendo leales a la Revolución, anclados casi siempre en un argumento emocional, que se sustenta en una desigual batalla de los desvalidos que se defienden de los ricos y de los poderosos.

La eficacia de la narrativa del relato del bloqueo es asombrosa. Resiste el peso de su propio fracaso, reinventando permanentemente su débil mentira, y demuestra que la melodramatización de la política es altamente rentable. Todavía para mi generación fue muy difícil entender y asumir que

podíamos y debíamos estar en contra del bloqueo, pero también en contra de Fidel.

Hugo Chávez era un hombre muy distinto a Castro. Pero veía en él un modelo a seguir. Su trayectoria era un manual muy tentador: instrucciones para ser un tirano con buena fama. Chávez no tenía detrás una historia épica. No había estado en las guerrillas, no había derrotado a un dictador. Nunca fue un héroe. Intentó dar un golpe de Estado bastante mediocre y logró –con un minuto de televisión– convertir esa chapuza militar en una victoria política. Desde muy temprano, entendió que la eficacia de la dimensión mediática. Fue un soldado que ganó las elecciones de un país petrolero y que, después, convirtió su popularidad en una forma de tiranía, pateó el tablero y cambió las reglas de juego. Desde el origen mismo de su liderazgo, la relación que el mundo intelectual y artístico podía establecer con él era diferente.

Chávez no era un gran lector. Basta ver sus referencias en la campaña electoral de 1998: se decía seguidor de la tercera vía de Tony Blair y su referencia literaria más constante era “El oráculo del guerrero”, un pequeño libro comercial de aforismos en clave de autoayuda. Por su propia formación, Chávez sentía desdén por el mundo civil e intelectual. Pero –al igual que Fidel– era un hombre con un sorprendente talento comunicativo, con una inmensa capacidad histriónica, y sin ningún escrúpulo. Cuando en 1998 Chávez ganó las elecciones, un grupo de amigos estábamos con Teodoro Petkoff, un exguerrillero legendario, pero también escritor y periodista, líder fundamental de la izquierda en Venezuela. Él entonces nos dijo: “el problema con Chávez es que habla nuestro lenguaje”.

Chávez aprendió rápido. Con enorme facilidad comenzó a cambiar su propio personaje, incorporando a su discurso (y a su propia autobiografía) elementos más afines y seductores para cierta intelectualidad, sobre todo en el ámbito internacional. Se situó en la retórica de una izquierda moderna, se mostró como subversivo dentro del poder, se olvidó del “Oráculo del guerrero” y comenzó a hablar de “Los miserables” de Víctor Hugo, a citar a Chomsky y a José Saramago; apeló –aun siendo Estados Unidos el primer socio comercial de Venezuela– a la retórica del imperialismo; recreó la fábula del pobre mestizo enfrentado a los crueles colonos blancos del primer mundo... Pero mientras tanto, en lo concreto, iba construyendo un modelo militarista, autoritario, que repetía el

mismo esquema: “o estás conmigo o estás contra mí”. Cualquier intelectual o artista dentro del país, tácitamente sabía que debía renunciar a su papel ante la voz poderosa y única del “Comandante”.

Sin embargo, Chávez jamás logró convertirse en el referente que fue Fidel y la Revolución cubana en el campo cultural del planeta. Ni siquiera pudo hacerlo internamente. En su gran mayoría, los intelectuales, artistas y periodistas en Venezuela se mantuvieron y se mantienen críticos e independientes ante el chavismo. Y los pocos que apoyaron el proceso desde el inicio, han ido apagando sus voces, dejando que el silencio produzca una distancia ambigua con el régimen.

En América latina hemos pasado años estudiando el caudillismo, tratando de entender y darle forma a la figura legendaria del caudillo. Y –formalmente o no– creo que tuvimos la secreta ilusión de que sus muertes ofrecerían nuevos escenarios a nuestras sociedades. En estos últimos años, esto es particularmente evidente con Chávez y con Fidel. Pero ambos desaparecieron y todo siguió igual o peor.

De pronto nos hemos quedado sin caudillos y vemos con sorpresa cómo esos animales mitológicos han sido sustituidos por personajes tan mediocres y anodinos como Díaz Canel o Nicolás Maduro. El caso del dictador venezolano es particularmente llamativo: su ignorancia es atómica, no lee ni en defensa propia, algunos de sus errores al expresarse parecen chistes escritos por sus enemigos... Pero nada de esto pesa. Los sucesores no representan al líder desaparecido, sino a la corporación. Los caudillos diseñaron maquinarias opacas que no necesitan del carisma y que tampoco requieren de los intelectuales. Ya han pasado los tiempos en que los intelectuales servían para legitimar al poder.

Firmar el remitido de Bienvenida a Fidel, en 1989, fue un lamentable error. Y no porque eso haya tenido, en realidad, algún tipo de consecuencia concreta en todo lo que ocurrió después en Venezuela, sino porque –llevados por la efusión polarizante, por la vanidad, por la estupidez– nos hicimos cómplices de una dictadura. Atendimos el espejismo de un lenguaje y obviamos el horror de los hechos. Todo esto es cierto. Pero, como contraparte, también es cierto que el dilema entre rea-

lidad y política sigue sin resolverse en América latina.

En la misma mesa redonda, realizada en Nueva York en 1985, George Steiner dijo lo siguiente:

Creo que, desde hace tiempo, desde la Revolución Bolchevique, se ha desatado un movimiento de esperanza entre los intelectuales, se han abierto numerosas ventanas a la esperanza: varias de ellas se debieron a esa Revolución, otras a la Primavera de Praga y el régimen de Dubcek, y otras más a Cuba y al Chile de Allende. A posteriori es muy fácil decir que, en cada ocasión, uno fue rematadamente estúpido y que era previsible que todo acabara en catástrofe, tiranía y corrupción. [...] Lo que ahora me interesa es saber qué pasará con la propia naturaleza del pensamiento, con la epistemología del pensamiento, si no abrimos más ventanas. [...] Supongan ustedes que un estudiante se presenta a cualquiera de nosotros. como ya ha sucedido, y nos dice ahora: 'Han enterrado a gente viva en San Salvador. Ya no puedo soportarlo. Soy un ser humano y debo hacer algo' [...] Díganme ustedes qué harían si alguien les dijera: 'Sé que de unirme yo a la izquierda todo acabará, si ganamos, en brutales stalinistas de la peor especie; y que de unirme a la derecha el resultado será un coronel fascista más, o un generalísimo, o cualquier otra cosa por el estilo. No tiene caso hacer nada, ¿verdad?' ¿Responderían acaso que estamos obligados, para madurar, a aceptar el principio freudiano de la realidad? ¿Qué no hay elección posible porque, gane la izquierda o la derecha, todo acabará sin remedio en atrocidad?

En un continente signado por la pobreza, la violencia y la impunidad, donde la desigualdad sigue siendo nuestra mayor tragedia, ¿qué podemos hacer con la desesperación de la gente? ¿Acaso –por temor a los peligros evidentes de cada opción– debemos renunciar a las legítimas ansias de cambios? ¿Dónde ponemos entonces la indignación? ¿Qué hacemos con la esperanza?

Referencias

Steiner, G. (1985). El destino de los intelectuales: Conversación entre George Steiner, Leszek Kolakowsky, Conor Cruise O'Brien, Robert Boyers. Asociación de Amigos del Arte y la Cultura (DDOOSS). <https://ddooss.org/ddooss>